

## Canto al vino

¡Canto al zumo sagrado de esta tierra,  
el vino que levanta la sangre enamorada  
y calienta los tuétanos!

Canto al pegaso que remonta el ensueño,  
elixir de la vida, dintel de la esperanza,  
limo hecho vuelo y cántico.

¡Oh vino luminoso, esencial alfarero  
del verso y del olvido;  
yo aprendí en tus toneles el milagro del mundo!

El arado viril y el agua labradora  
empinan la marea dichosa de los pámpanos,  
mientras modela el viento los nacientes racimos.

¡Es tiempo de vendimia, estalla el aire!  
Las desgarradas vides  
llorarán, en otoño, su ternura violada.

En una catarata de racimos y abejas,  
las fieras maquinarias trituran el verano.  
¡Es un lago de lava la dulzura del mosto!

El vino resucita del dolor de las uvas;  
y su aroma despierta los sátiros dormidos,

que enseñaron al hombre la olvidada alegría.  
El luminoso Osiris fue el primer viñador,  
quien fermentó los mostos de ubérrimos racimos.  
¡En el milagro hervía de cigarras el valle!

En la Grecia eternal, al son del caramillo,  
danzaban las canéforas, adornadas de pámpanos,  
y era una hembra en celo la tierra estremecida.

El vino es acicate del amor, su lenitivo.  
Lo cantó el padre Homero y el viejo Anacreonte,  
y Virgilio, el pontífice, y el lujurioso Ovidio.

Horacio convidaba con Falerno a las musas;  
y Omar Khayyam, libando su tristeza,  
quería que amasaran con vino sus cenizas.

El gran Rubén quiso regar con vino  
la tumba de Verlaine  
para que retoñara la divina poesía.

Que el vino se desborde por la tierra y el sueño,  
para olvidar el miedo, el hambre y la injusticia,  
diría Pablo en Chile, rindiendo culto a Baco.

Mientras bebo esta copa recuerdo las muchachas  
de inocentes manzanas y dormidas caderas...  
Pienso en tus ojos claros, ¡oh dulce Sulamita!

Se han llenado de otoño mis árboles cansados;  
mis caminos no quieren seguir el horizonte.  
¡Dame tu fuego antiguo, vaso de vino nuevo!

¡Quiero sentir el canto de la vida en mis venas,  
gozar la juventud que se va despidiendo,  
y olvidarme un instante de la vejez del mundo!

La forma de las copas aluden a tus senos;  
y tu piel me recuerda lo terso de las uvas;  
y las burbujas besan cual tu encendida boca.

¡Llena mi vaso, amada y olvidemos el tiempo!  
¡Vivamos nuestras horas con plenitud dichosa!  
¡Bebamos que ya es tarde; puede venir la muerte...!

Y cuando torne al polvo,  
he de escuchar tus pasos, alada primavera.  
¡Y volveré a cantarte desde los nuevos pámpanos!